

*tam æternam habebunt.* Un momento más de indulgencia, y admiraréis á Maria Santísima coronada de santidad para santificarnos: *Expressa signo sanctitatis.*

Para representaros la santidad de que Maria Santísima está coronada, bastaría que yo expusiera aquí ligeramente aquel sublime cántico, el cántico *Magnificat*, en que la Señora de todos los mundos prorumpió, divinamente inspirada, al entrar en casa de su prima Santa Isabel: «Engrandece mi alma al Señor, exclama la mujer inmaculada; engrandécele mi alma, y porque miró á la humildad de su sierva, por eso me llaman hoy *bienaventurada* todas las generaciones; y su misericordia de familia en familia, y de pueblo en pueblo, y de nacion en nacion, descenderá sobre los que le temen, y su misericordia descenderá por mí; y los que le temen me buscarán como su norte, me amarán como su madre, me respetarán como su Reina, y suspirarán por mí, porque seré su alegría y su consuelo. Arrojó á los poderosos del pedestal de su soberbia, y ensalzó á los abatidos sobre las cumbres de la santificación; á los sedientos colmará de bienes, y empobrecerá á los ricos; pero los humildes se santificarán con mis virtudes, y los sedientos de santificación hallarán la salud y el refrigerio en las aguas de mi santidad.» ¡Con cuánta razon, cristianos, podemos nosotros repetir ahora las mismas palabras del cántico de la Virgen! *Magnificat anima mea Dominum.* Engrandece, alma mia, á tu Dios y Señor, porque ha deparado en la alegría de los ángeles y la Reina de los cielos el consuelo de toda tristeza y el regocijo de nuestro corazon.

¡Grandioso milagro, hermanos dilectísimos! os diré con el esclarecido San Juan Crisóstomo; ¡grandioso milagro, milagro estupendo fué siempre la bienaventurada Virgen Maria! ¿Dónde se ha encontrado en los tiempos pasados, ni se podrá tampoco encontrar en los tiempos venideros, una criatura más virtuosa, más santa y más poderosa que Maria? Sola Ella sobrepujó la extension de los cielos y de la tierra. ¿Quién, pues, más santificada que Maria Santísima? Ni los Profetas, ni los Apostóles, ni los Mártires, ni los Patriarcas, ni los Angeles, ni los Tronos, ni las Dominaciones, ni los Serafines, ni los Querubines, ni nada más excelente que Maria puede hallarse entre las cosas visibles é invisibles. «¿Queréis saber, prosigue el mismo Santo, queréis saber cuánto Maria Santísima aventaja en santidad á todas las gerarquías celestiales? Baste observar que ellas la asisten, ocultando su semblante con temor y temblor, en tanto que Maria ofrece al género humano al mismo que concibió en sus entrañas,

y por ésta consiguen los pecadores el perdon. Dios te salve, Madre, Virgen, Cielo, Trono, esplendor y ornamento de nuestra Iglesia; Dios te salve, virtud y fortaleza y santificación de los que imitan y aman á Jesucristo.» Hasta aquí el Crisóstomo.

Maria Santísima, en el día de su triunfo, fué coronada de santidad: *Signo sanctitatis.* Por eso la aclama *Santa* la tradicion; *Santa* la apellidan los sagrados libros; *Santa* la llaman los Padres y Doctores; *Santa* la proclama y la venera la Iglesia; y la devoción constante y no hija de un delirio, ni invencion de un siglo *menos ilustrado* que el presente, la devoción, testimonio de gratitud por los inmensos y señalados beneficios que de Ella recibimos, esa devoción que constituye nuestro entretenimiento más dulce y nuestras más halagüeñas esperanzas, la publica y la ensalza *Santa* bajo innumerables títulos; y esta Congregacion, y este cristiano auditorio, y todos los habitantes de la capital de España, en representacion de todos los habitantes del mundo, publican y pregonan en este templo suntuoso, bajo estas bóvedas augustas, y en presencia de Jesucristo sacramentado, la santidad de Maria, festejándola con el dulcísimo título de la *Virgen Santísima del Consuelo.* Y no en vano así se hace, amados de mi corazon; no en vano así se practica, porque Maria fué y es el modelo de todas las virtudes; por su virtud es la criatura de más poder, y la virtud y el poder la conquistaron aquella corona resplandeciente, incorruptible, inmortal y eterna de santidad: *Corona aurea super caput ejus, expressa signo sanctitatis, gloria honoris et opus fortitudinis.*

Quedaría este discurso sin concluir si, en cumplimiento del sagrado deber que me impone el sacerdocio, no os indicara cuál es el fruto que podeis y debeis sacar del retrato consolador que os he bosquejado de Maria. Confieso en presencia de los cielos y de la tierra, y delante de todos vosotros, que mi intencion ha sido hablar, no tanto á vuestros oidos, como á vuestro corazon; hablar, no solamente para deleitaros, sino para instruiros y afirmaros más y más en el amor de Maria; exponeros únicamente la verdad, y en Maria todo lo bueno es verdad; y verdad comprobada por la historia de la Religion y de la sociedad, por la historia de todas las gentes en comun y de todos los individuos en particular; porque no hay una sola criatura, ni grande ni pequeña, ni sabia ó ignorante, ni noble ó plebeya, ni justa ni pecadora, con tal que sea cristiana, que no pueda derretirse en cariño de Maria y hacerse lenguas de fuego en obsequio y en alabanzas de Maria. Por eso, señores, vuestra devoción ha de ser práctica y no teórica; puesto

que la virtud y el poder y la santidad de la Virgen son una verdad, vuestra devocion ha de ser tambien una verdad: devocion que consista en amar á Dios sobre todas las cosas, á imitacion de Maria Santísima, que es el alma que más ama á Dios; á engrandecer y glorificar á Dios á imitacion de Maria, que es el sér que más le engrandece y más le glorifica. Devocion que consista en amar al prójimo como á nosotros mismos, siguiendo el ejemplo de Maria Santísima, que por nuestro amor sacrificó lo más querido, lo más tierno, lo más amante, que es su Hijo; que se sacrificó Ella misma, y que, aun ofendida por nosotros, la encontramos dispuesta siempre á amarnos y á concedernos el perdon. Por eso os diré yo, acomodando en estos momentos á Maria Santísima unas elegantes palabras del *Eclesiástico*: «Por eso los que temeis al Señor, creed en Maria, y no esperareis en vano la recompensa; los que temeis al Señor, esperad en Maria, y la divina misericordia descenderá para vuestro consuelo de las entrañas de Madre tan santa y tan cariñosa; por eso los que temeis al Señor, amad á Maria, pero amadla con desprendimiento, con desinterés y con perseverancia, y vuestros corazones se iluminarán; contemplad, hijos míos, á todas las generaciones, y sabed que ninguno esperó en Maria que quedara confundido en la presencia del Señor.»

Corona, pues, ilustre y muy antigua congregacion de la Virgen Santísima del Consuelo, corona estos rendidos y religiosos obsequios, con el propósito firme de no hacer nunca cosa que sea desagradable á los ojos de nuestro Dios y Señor; con el propósito firme de alabar siempre á Maria, de amar siempre á Maria, y de defender las excelsas prerogativas de Maria, aun cuando necesario fuera por Ella derramar la sangre é inmolar la vida de tus individuos. Corona y coronemos todos nuestros deseos despidiéndonos de Maria, tributándole las gracias más expresivas por los singulares favores que nos dispensa, y pidiéndola el remedio, si nos conviene, de todas nuestras necesidades espirituales y temporales.

Y para que os pidamos, Virgen Santísima, dijo Jesucristo al hombre desde el árbol de la redencion: *Ecce Mater tua*: «Ahí tienes á tu Madre.» Para que os pidamos, nuestra buena Madre la Iglesia, infalible siempre, como regida por el Espíritu Santo, nos dice que sois *Consolatrix afflictorum*, el Consuelo de los afligidos. Y para que os pidamos, finalmente, Madre Santísima del Consuelo, estais en ese altar magnífico que os consagra la piedad de vuestros hijos: estais en ese altar tan hermosa, tan grande, tan santa y tan consoladora. ¿Y qué os pediremos Señora? si todo es afliccion lo que nos rodea, todo es consuelo lo que necesitamos.

Afligida se vé la Religion porque se extravian sus hijos; consolad á la Religion: afligida se vé la Iglesia porque la persiguen sus enemigos; consolad á la Iglesia: desconsolado está el sacerdocio, y Vos ya sabeis por qué; consolad al sacerdocio: las esposas de Jesucristo, las corporaciones religiosas, los fieles de ambos sexos y de todos estados y clases y condiciones, todos lloran, Madre mia, porque son muchas las razones que tenemos para llorar; pero sobre todo affigennos la falta de fe, el indiferentismo religioso, las ofensas que se hacen á Dios, y que por ellas perdemos la gracia y la felicidad: consoladnos, pues, Virgen Santísima, á todos, alcanzándonos de vuestro Hijo la gracia en esta vida, y la bienaventuranza por los siglos de los siglos en la gloria. Así sea.

